

A LA VUELTA

DE LA ESQUINA

LECCIÓN DE ABISMO

Descubrí la poesía de Orlando González Esteva gracias a la emocionada nota con que Octavio Paz celebró en *Vuelta* la aparición de *Mañas de la poesía*, el libro de décimas que hoy forma la primera parte de *El pájaro tras la flecha*. El entusiasmo de Paz no dejó de sorprenderme pero no era exagerado: los ejemplos que citaba, caleidoscopios de sílabas cambiantes, valían de veras como "cuatro pruebas de que el idioma español todavía sabe cantar y bailar". Los releí varias veces pero no me hice de un ejemplar del libro hasta que, años después, González Esteva me entregó el manuscrito del que ahora presentamos. Me sorprendieron de inmediato, como luego a otros lectores, las diferencias entre ambos volúmenes. Aunque *El pájaro tras la flecha* se abría con una décima y estaba casi enteramente compuesto de sonetos, liras, romances y otras formas tradicionales, el tono era muy distinto. En *Mañas de la poesía* soplaban un espíritu festivo y el mundo parecía entregado a la ebriedad de un baile de máscaras; en el nuevo libro aparecía en cambio un poeta reflexivo, levemente melancólico a ratos y preocupado por los misterios de la creación, el paso del tiempo, los fantasmas de la memoria y la omnipresencia de la muerte. Debo decir que en un primer momento sufrí un desencanto. Había esperado llegar a una fiesta de pueblo y me encontraba en un jardín con una conversación de sobremesa. No me fui, sin embargo, y al poco tiempo advertí que estaba entre conocidos y que aquellos bailes y la conversación de ahora transcurrían en el mismo jardín estricto. No sólo eso: ahora, el viento que soplaban era el mismo. Una de las primeras décimas de *Mañas de la poesía* comienza con los versos siguientes:

Ah, la oscura enredadera
del oráculo imprevisto.
La pasión por donde avisto
el corazón de la fiera.

Y uno de los primeros poemas de *El pájaro tras la flecha* comienza con éstos:

Remontar el olvido,
es decir, los oscuros corredores
donde se han convertido
en puñados de flores
y silencio mis primogenitores.

Pues bien: esos corredores —que podemos adivinar largos y laberínticos— y esa enredadera, ambos oscuros, ¿no trazan la misma figura? ¿No dibuja la memoria, en sus ires y venires, un jeroglífico que es un oráculo imprevisto?

En uno de los versos que a mí más me gustan del libro, González Esteva habla de "sorbos de música clara". Esas palabras, que hacen pensar en una suerte de bautismo; que evocan la vieja imagen del tiempo como un río; que al nombrar la claridad nombran la vista pero también el tacto, el gusto y el oído; esas palabras, que tienen un sabor de paraíso, pueden servir muy bien como emblema de la poesía de González Esteva. Un rasgo común a los dos libros incluidos en el volumen que hoy presentamos está, en efecto, en la perfecta naturalidad de su música. Ambos son el resultado de una evidente pasión formal, esa por la que el poeta "avista el corazón de la fiera". Una pasión, digo, y no un empecinamiento. No estamos ante uno de tantos tejedores de sonetos; nuestro autor no es un puritano de la forma y si de ella ha hecho profesión de fe es precisamente, creo, porque concibe la poesía como un oficio y al poeta como un oficiente. Para González Esteva el poema es ante todo forma y, así, caleidoscopio; pero las configuraciones de sus cristales se leen como los astros y forman la cifra de un destino. Son, estos poemas, una escritura oracular y un arte divinatory. Así como algunos tiran el *I Ching* o consultan las estrellas, González Esteva escribe octosílabos y endecasílabos rimados. No es una operación sin peligros. Como dice uno de sus poemas, "los hábitos son abismos / disfrazados

de maromas". Hay que entenderlo así, en efecto. En las cabriolas y maromas de *Mañas de la poesía*, en los hábitos métricos de *El pájaro tras la flecha*, hay una lección de abismo.

AA

GLOSA

*Si los árboles supieran
de qué color es el mar
se arrancarían las bojas
para volverlo a pintar.*

Orlando González Esteva

Tal vez el mismo follaje
embragado en la cascada
fuera a parar en la rada
prestándole su ropaje.
Ignorantes del oleaje
y su color, no quisieran
despertar ni que los vieran
flotar su sueño felices.
Otros fueran los matices
si los árboles supieran.

El cielo, después de todo,
se oculta frente a la estrella,
disimula su querrela
en la tormenta y el lodo
y finge de cualquier modo
su alegría o su pesar.
Para él saber e ignorar
tienen el mismo sentido
pues siempre ha reconocido
de qué color es el mar.

Si conocieran mi caso
los árboles de tu huerto
llorarían el desconcierto
que me regala tu abrazo.
Cortas la flor de mi acaso
y mis soledades mojas
mientras tú, lluvia, deshojas
las ramas de mi agonía.
Si tus árboles supieran
se arrancarían las bojas.

En la punta de la lengua
tengo el verso pincelado

que enmudeció apabullado
por tu atribulada mengua.
Mi voluntad se deslengua
y está a punto de estallar.
Desnudo de par en par
tu cuerpo y tu pensamiento
—ya todo estremecimiento—
para volverlo a pintar.

JORGE BRASH

PASADO, PRESENTE Y PORVENIR DE GRANDES NOMBRES

Desde hace más de medio siglo, don Juan David García - Bacca viene publicando una serie interminable de libros. El último es quizás el más gordo. Se intitula *Pasado, presente y porvenir de grandes nombres* (prescindo del subtítulo). Hasta ahora sólo ha aparecido el tomo I (FCE, 1988). Abundan en él, efectivamente, los grandes nombres de Parménides, Platón, etcétera, hasta desembocar en un equipo, monótono por lo repetido, de físicos egregios de esta centuria, Einstein, Heisenberg, Dirac, etcétera. Un detalle, sin embargo, llama la atención: no figura el nombre de un solo físico de quien se haya empezado a hablar en el curso de los últimos 50 años. Casualmente se mencionan un poco las computadoras, las especulaciones biológicas —y prescindibles— de Elsassser... De física de 1980 (o, a decir verdad, de 1950), ni palabra. Esto es sorprendente en un libro que abarca pasado, presente, porvenir y tantas cosas más.

Analizar este fenómeno es algo que no está a mi alcance. La razón es embarazosamente simple: me es imposible imaginar a qué apuntan las obras de don Juan David. Durante mucho tiempo cultivé una hipótesis personal: don Juan David aspiraba a alzar, en el terreno de la filosofía, un monumento gemelo del erigido por Jardiel Poncela en el campo —no menos respetable— de la literatura. Creo, sin embargo, que esta explicación, si bien tiene lo suyo, tampoco es completa. Debo resignarme, pues, a sólo hacer algunas reflexiones sueltas.

A García - Bacca siempre le ha encantado ilustrar su exposición repitiendo incansablemente que $a + b = b + a$ o que $(a + b)(a - b) = a^2 - b^2$. Pase, pues es cosa breve, al

alcance de todas las fortunas, y se supone que ayuda a aclarar un discurso nunca muy diáfano. Ahora bien, cuando don Juan David repite, con igual constancia, la transformación de Lorenz o la ecuación de Schrödinger, ¿a quién se dirige?

Se me contestará que a alguien tan sabio como él, pero me permito dudarlo. En vista de que García - Bacca no hace *nada* con la ecuación de Schrödinger —no la analiza, no la transforma, no la aplica—, sino que sólo la *pone* (y repone y requetepone, junto con la ley de la caída de los cuerpos, las ecuaciones de Maxwell, etcétera, etcétera), cabe preguntarse por qué no se contenta con mencionarla, pues a quien esté al tanto del asunto con ello le sería suficiente, sin necesidad de reconocer la ecuación completa de una ojeada (y qué suerte que la ojeada baste, ya que quien recorra signo por signo toda esta sapiencia descubrirá que está salpimentada con incontables erratas tipográficas). A quien no esté familiarizado con la cuestión, el despliegue matemático tan sólo le causará una *gran* impresión. Creo que tiene cierta importancia el subrayado de este "gran". El caso es análogo al de quien, al llegar a la Venus de Milo o al Juicio Final de Miguel Ángel intercalara, incluso más de una vez, la respectiva estampita, en tamaño filatélico. Con una diferencia importante: tales monigotitos no impresionarían a nadie, en tanto que las matemáticas —como decíamos— siempre son imponentes para muchas personas (yo, por ejemplo).

Ahora bien, por ignorante que uno sea, a veces surge algo de lo cual se tiene cierta noción, entre tantos temas como maneja don Juan David. Eso me ocurrió en la página 471 del mencionado libro. (Tampoco hay que compadecerme demasiado: no había yo leído ni la décima parte de las páginas anteriores a ésta.)

Pues bien, en la página 471 me detuve con asombro ante un pequeño diagrama que, casualmente, sí era de mi competencia (no asunto matemático, pero sí algo impresionante). Aun prescindiendo de las erratas, lamento decir que el susodicho diagrama es en verdad caótico. Si tiene una idea del asunto, puede sonreír. Si no, sim-

plemente se impresionará. Lo cual es, precisamente, de lo que hablábamos.

Se trata —el diagrama— de las estructuras electrónicas de los elementos químicos. La línea anterior de texto del libro afirma que la lista de dichos elementos concluye en el uranio 298. Dan ganas de llorar. ¡Hace 40, 50 años que ya no es así! Por lo demás, el "298" debe ser "238". Una errata más no es nada.

Pero este tema es grato a García - Bacca. Retorna a ello en un apéndice (página 591). Una página entera; imponente para el profano, indiferente para el entendido; ininteligible para el primero, innecesario para el segundo. Una página —y pudo ser más, pues la lista se interrumpe en el elemento 71. ¿Por qué no seguir? Misterio! Acaso baste una página para que el lector - admirador lea y, sobre todo, admire.

Leamos cuando menos los encabezados de las columnas. Dice el penúltimo: "Terminal de tierra"... ¿Y qué demonios es esto...? ¿Qué significa tal cosa, aquí...? Nada, desde luego. Por fortuna, basta una ojeada a lo que esta columna incluye para comprender —y carcajearse uno. ¡Ese encabezado decía, donde lo copió García - Bacca, "ground state", o en alemán "Grundzustand". La versión española ordinaria es "estado fundamental". ¡Y esto nos lo convierte don Juan David en una "terminal de tierra"! (Es que, por supuesto, "ground", "Grund", significa, entre otras cosas, "suelo, tierra"...)

Pero, al mirar hacia abajo a la derecha, en la misma página 591 impresionante, surgen también unas enigmáticas "boquillas"... ¡Por piedad! ¿Qué es esto? Se trata de lo que lleva por nombre "orbitales", "subniveles" si se quiere... Lo que me tortura es cómo puede un filósofo, por muy discípulo de Jardiel Poncela que sea, transformar un orbital en una boquilla. Me rindo.

Y al cerrar el libro para siempre, quedo pensando: yo apenas tengo una idea de la estructura electrónica de los elementos, pero ¿qué dirá quien se desempeñe con soltura entre la ecuación de Schrödinger... la matemática de Hilbert... [...]... la filosofía de Platón?

JUAN ALMELA